

“Fidel, en Girón los rompimos y en la Embajada de Perú los vencimos”

En la elegante Quinta Avenida, del también elegante barrio de Miramar en la ciudad de La Habana se hallaba la sede de la embajada peruana. Un día de abril de 1980, el primero del mes para ser exactos, fue asesinado enfrente de la embajada un soldado de nombre Pedro Ortiz Cabrera cuando defendía la inmunidad diplomática del edificio violada por seis contrarrevolucionarios subidos en un omnibus que metieron por la fuerza al 7201 de la Quinta Avenida. Contando desde ese primero de abril y todos los días que se siguieron hasta que finalizó el éxodo de cubanos por Mariel, los cubanos socialistas protagonizaron una politizadora batalla contra el enemigo principal y sus allegados. El desenlace fue calificado por Fidel en su informe al II Congreso del PCC como “una de las victorias políticas, ideológicas y morales más importantes alcanzadas por la Revolución en toda su historia”.

Hoy, y desde fines del mes de abril de 1981, la casa con el número 7201 de la Quinta Avenida alberga al Museo de la Marcha del Pueblo Combatiente que describe, analiza y documenta esa victoria en un ejemplo más de eficacia museográfica cubana al servicio de la sistematización y preservación de la memoria colectiva.

El Museo debe su importancia, no al despliegue de técnicas sofisticadas de exhibición sino al uso correcto y sobrio de recursos museográficos comunes (fotografías, leyendas, objetos) dispuestos siguiendo un riguroso método de exposición resultado a su vez del análisis concreto de una situación concreta; al revés que la mayoría de museos que congelan-petrifican-matan la realidad social, este Museo busca mantener vivas las luchas populares aportando a la conformación de la cultura socialista y al logro de la participación colectiva en la vigilancia y defensa de la revolución. El Museo es, además, un ejemplo valioso que enfrenta la desinformación, la manipulación ideológica y la mentira dolosa en la prensa capitalista con una crónica veraz que educa enseñando a relacionar los aspectos esenciales de una situación social total para comprenderla.

Una variada gama de sentimientos, sen-

saciones y uno que otro “enchinamiento del cuero” invaden por igual al visitante local o extranjero quien ve-lee-relee-observa lo que el museo exhibe; el recorrido por las salas vuélvese compromiso de participación tanto para quien conoce en fuentes de primera mano este episodio de la historia de Cuba como para quien recrea su propia parte protagónica.

En las dos construcciones, pequeñas, que ocupó la embajada peruana se despliegan fotos, foto-murales, cartas, cuadros estadísticos, objetos personales, recortes de periódico, leyendas, pancartas, como instrumentos para ir conociendo, en secuencia, el desarrollo de las acciones que desembocaron en la marcha del pueblo combatiente en abril de 1980. Se aprenden, con pelos y señales, las historias del deterioro en las relaciones-diplomáticas cubanas con Perú y Venezuela; del número y tipo de las agresiones sufridas por Cuba a manos del imperialismo y sus agentes (secuestros de aviones y lanchas, bombarderos, quemadas de caña e industrias, comercio y escuelas); y las infiltraciones, violaciones del espacio aéreo y las provocaciones de diversos tipos. El sabotaje al avión de Cubana de Aviación cuando volaba sobre Barbados en octubre de 1976 ocupa un lugar importante en la recordación de los actos; criminales contra Cuba. Los muertos se suman a los caídos en combate y el reconocimiento a su acción se testimonia en las grandes fotos que muestran la manifestación de duelo que el pueblo les tributó. La tristeza que produce esta evocación aterriza en ira cuando las salas que siguen comienzan a documentar la toma de embajadas.

Así, se va recorriendo el desarrollo de las acciones simultáneas que tuvieron lugar: la entrada a la embajada y el perfil sociológico de los invasores con sus armas caseras, sus caras, y sus historias delictivas; la atención médica, migratoria y alimentaria que les brindó el gobierno cubano; las reacciones populares, especialmente de los jóvenes para quienes representó su primer enfrentamiento con la contrarrevolución; la campaña de la prensa “libre” desatada contra la revolución cubana; las acciones, declaraciones y proposiciones de voceros de algunos gobiernos latinoamericanos ante el “problema

por Victoria Novelo

cubano”; las impotentes alharacas de la Casa Blanca ante la política cubana de puertas abiertas a quien quisiera irse; las nuevas provocaciones, la ocurrida frente a la oficina de intereses de los E. U. A. y el incendio del Círculo Infantil Le Vam Tam donde 570 niños jugaban tranquilos. Todo este proceso que se desarrolló fundamentalmente en los meses de abril y mayo se va mostrando a la par que con las respuestas combativas, ágiles y organizadas del pueblo cubano y que comprendieron diversas iniciativas: cartas públicas de protesta contra los antisociales, rescate oportuno de los niños atrapados por el fuego, caricaturas políticas de Nuez en el diario *Granma*, organización de la defensa contra la provocación, hasta la contundente presencia en las calles de más de un millón de cubanos que desfilaron el 19 de abril por la Quinta Avenida dando cátedra de moral revolucionaria frente a los huéspedes de la embajada peruana y al 17 de mayo en imponente concentración frente a la oficina de intereses norteamericanos.

Los fotomontajes, que como ancho listón adorna la parte superior de los muros con las leyendas de las consignas corcadas y las pancartas usadas en las marchas, llevan al visitante que en momentos no sabe si está leyendo o escuchando un grito nacional: “FIDEL, SEGURO, A CARTER DALE DURO”, “LA PRIMERA REVOLUCION SOCIALISTA DE AMERICA ES IRREVERSIBLE”, “CARTER, AMARILLO, AMARRATE EL CALZONCILLO”, “ARRIBA, ABAJO, QUE SE VAYAN P’AL C...”, “NO TENEMOS PETROLEO, PERO TENEMOS DIGNIDAD”, “LA UNICA FORMA DIGNA DE ABANDONAR EL PAIS ES COMO LO HIZO EL CHE”, “CARTER, DELINCUENTE, LLEVA TE A TU GENTE”, “CARTER, LA CIA, LA MISMA PORQUERIA”...

Los fotomurales, que cubren por completo las paredes de las últimas salas con panorámicas y acercamientos de los manifestantes, provocan un efecto envolvente que permiten sentirse parte de la exposición.

A dos años de los sucesos, los combativos protagonistas pueden observarse ac-

tuando y extraer de la experiencia —desmenurada, explicada y expuesta documental— vigorizantes lecciones de enérgica dignidad y de riqueza de iniciativas político-culturales. También revivir episodios que marcaron a la gente, como la señora que explicaba a gritos a una pariente del campo que no participó en la marcha (y probablemente sorda) tanto los acontecimientos como su filosofía del hueco que deben sentir en su recuerdo los que no pudieron marchar.

La intención educativa del Museo no se limita, desde luego, a los nacionales cubanos: las enseñanzas rebasan los límites geográficos. Es de resaltarse el tratamien-

to museográfico de lo que significa una cultura popular viva, producto y raíz de experiencias colectivas. El Museo así no sólo resulta importante por documentar un suceso histórico sino por *cómo* lo documenta. Hay ahí una concepción revolucionaria de los procesos culturales que toma como fundamento la participación del pueblo en la construcción de su sociedad. Que al ir creando una nueva concepción del mundo a partir de una nueva concepción sobre la sociedad y las relaciones entre los hombres, crea y recrea, a veces imponentemente en cada defensa de la revolución, la nueva cultura solidaria, humanitaria, comunitaria y fraterna

solamente posible entre participantes de un proyecto social colectivo y revolucionario. Lejos queda en esta concepción la falacia cultural que dice que sólo es auténtica la cultura tradicional de nuestros pueblos identificando al inmovilismo con lo popular. Sin negar las capacidades liberadoras de ciertos comportamientos tradicionales, es obvio que la cultura socialista cubana, como cultura popular, demuestra cómo los modos de pensar y actuar y los valores y símbolos que los sustentan cambian y se revolucionan, si no con la misma velocidad, sí paralela y coherentemente al proceso revolucionario total.



"Ciudad, a tus hombres tristes" de Daniel Adrián Corach